

Dulces y amargos sueños de Petrona de la Cruz

Un acercamiento a la vida

de las mujeres indígenas a través del teatro¹

Yoloxóchitl García Santamaría

Es común que el teatro que se desarrolla en los estados pase casi desapercibido en el resto de la república o que apenas se conozcan las obras cuando se presentan en festivales, encuentros o muestras nacionales de teatro, en las que un reducido número de trabajos provenientes de diversas entidades de la república son presentados ante un público, en su mayoría, familiarizado con las artes escénicas o formado por integrantes de las otras compañías participantes. Fue así, dentro de un festival, como conocí el trabajo de la creadora chiapaneca Petrona de la Cruz, cuya labor reivindica el espacio social que ocupan las mujeres indígenas y contribuye significativamente a la reformulación de un mundo más justo. De la Cruz utiliza el escenario como contenedor de la palabra y la acción, como medio de protesta, pero no como pretexto para una victimización.

En agosto de 2013, en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez —capital del estado de Chiapas—, se llevó a cabo el IV Festival Internacional de Teatro Independiente “Otra Latitud”, organizado por el grupo La Puerta Abierta con el apoyo del Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas (Coneculta). La edición del 2014 se realizó sin ningún apoyo gubernamental. La Puerta Abierta, que ha desempeñado un papel fundamental en la creación, formación y difusión del teatro en la capital de Chiapas, organizó el festival contemplando una variada oferta en la que las obras mostraron una amplia gama de temas, géneros y estilos.

La inauguración de dicho festival se llevó a cabo el lunes 19 de agosto, en el teatro de la ciudad Emilio Rabasa. Como parte del evento, se rindió homenaje a Petrona de la Cruz, creadora nacida en Zinacantán que ha podido expandir su obra internacionalmente, no sólo como actriz sino

¹ Una versión de esta reseña se presentó en el V Coloquio Internacional sobre las Artes Escénicas “En torno a la comunidad”, celebrado el 24 de septiembre de 2014 en la Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz.

también como escritora. Fundadora de FOMMA (Fortaleza de la Mujer Maya), actualmente trabaja apoyando, a través de dicha asociación, a las mujeres indígenas en San Cristóbal de las Casas y otras localidades. En el mencionado recinto se presentó una semblanza de su trayectoria dentro de las artes escénicas y un video que nos aproximó a su experiencia como actriz indígena. Éste era una entrevista en la que hablaba de cómo el teatro está íntimamente ligado a su historia personal. “El teatro sana, integra y engrandece a los seres humanos”, dijo con una manera de hablar que me cautivó.²



◉ Petrona de la Cruz en *Dulces y amargos sueños*. Presentación en la Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, 2014. Fotografía de Antonio Prieto

² N. del ed. Ver también el artículo “Con el teatro mi camino tiene menos espinas, muchas más flores’: Petrona de la Cruz”, de Antonio Prieto, publicado en *Artis. Revista Cultural Universitaria*, Núm. 0, enero-abril 2015, pp. 25-30.

El día siguiente, 24 de agosto, se presentó la obra *Dulces y amargos sueños* en la Sala de Artes Escénicas Carlos Olmos. Petrona de la Cruz apareció en la sala una vez dada la tercera llamada. Al caminar por los pasillos, iba esparciendo unas ramas de pino que desprendían un olor dulce. Mientras esto sucedía, se escuchaban canciones tradicionales acompañadas de proyecciones de fotografías de su infancia. En el escenario había tres sillas de distintos tamaños, como si evocaran tres etapas de la vida: infancia, juventud y adultez. Unas tablas pegadas unas a otras simulaban la pared de un hogar humilde. Estos elementos construyeron el ambiente, pero gracias a la presencia de Petrona la obra se fue mostrando como un acto de comunión entre los que estábamos presentes y la vida que se nos develaba.

Escenografía, vestuario e iluminación aportaban a la escena ciertas convenciones de espacio y tiempo; la habilidad de trasladarnos a espacios o visualizar objetos con pocos recursos fue notable, por ejemplo, utilizar las sillas para darles otra función, o el rebozo que llevó consigo desde el inicio hasta el final de la obra, dotándolo de características incluso humanas. Sin embargo, la presencia escénica de quien interpretaba a los personajes, es decir, de Petrona, rebasaba los límites de la ficción para insertarnos en un evento testimonial. La actriz subió al escenario desde donde comenzó a relatar su historia de vida a partir de la infancia hasta el presente. Con pasajes duros y tristes expresó sus sueños, pero también con la inocencia que caracteriza a una niña contagió su dulzura.

En *Dulces y amargos sueños*, lo dulce se desprende del carácter de su madre, mientras que lo amargo viene de su abuela y del rechazo e incluso abuso de su propia familia. Con su cuerpo recreó a su madre, su abuela, sus tías, su maestro, su padre, entre otros personajes.

Poco a poco, y con escasos cambios de vestuario, llegó al final, entonces se vistió como una mujer tzeltal y esparció flores sobre el escenario. Después prendió cinco veladoras en memoria de su madre y, con una danza ritual alrededor de ese pequeño altar, concluyó la función.

Un año más tarde, volví a presenciar la obra en el V Coloquio Internacional sobre las Artes Escénicas “En torno a la comunidad”, que se llevó a cabo del 22 al 24 de septiembre de 2014 en la Casa del Lago de la Universidad Veracruzana, Xalapa. En esta ocasión, los elementos escénicos estuvieron presentes desde el momento en que el público ingresó a la sala: las tres sillas de madera, de distintos tamaños y pintadas de azul. Como fondo había una mampara blanca que sirvió para la proyección de imágenes. Ra-

mas de pino y veladoras formaron una herradura para delimitar el espacio. Las flores que en la versión chiapaneca aparecían al final, ahora estaban presentes desde el inicio. En cuanto al vestuario, sólo se utilizó un pantalón café y una blusa negra, a diferencia de la primera versión en la que la actriz vestía una blusa con bordados que remitían a la comunidad tzeltal. Sólo el rebozo color guinda tenía coloridos bordados en las orillas. Aunque al final Petrona no realizó ninguna danza, fue evidente su habilidad para sensibilizar al público, ya que éste se mostró atento, sorprendido y conmovido, características que se manifestaron con expresiones que se dejaban oír, con voces quebradas al momento del conversatorio. Sobre todo, el público quedó agradecido ante una obra en la que, como dijo el profesor Antonio Prieto durante su presentación, “lo personal es también colectivo”.

Desde la primera vez que vi la obra en Tuxtla Gutiérrez, me llamaron la atención dos aspectos. El primero fue que se reivindicaba la importancia de la equidad de género, aun en un contexto donde la voz de la mujer es silenciada. Petrona de la Cruz no tenía miedo de presentar su crudo testimonio, a manera de denuncia, acerca de las injusticias que se cometen en contra de la mujer en ese ambiente particular. Por otro lado, la actriz compartió lo difícil que es para ella realizar su trabajo escénico en comunidades indígenas donde no se ve con buenos ojos que las mujeres se dediquen al teatro, aunque a nivel internacional tuviera reconocimiento. De estos mismos planteamientos se desprendieron otros que, por el momento, dejaré de lado para centrarme en las condiciones sociales de la mujer indígena que expone la obra de Petrona de la Cruz.

Hay que tener en cuenta que Chiapas es una de las entidades federativas con mayor diversidad y conservación de pueblos originarios, y que históricamente ha mantenido sus tradiciones y creencias a través de la resistencia social comprometida de sus habitantes. Por un lado, existe una cosmovisión de la vida vinculada con la naturaleza y, por otro, las costumbres heredadas por una tradición machista.

Este segundo aspecto es, sin duda, una de las condiciones de la sociedad mexicana, que sigue presente y del cual se derivan problemas que alcanzan un alto nivel de actos de violencia hacia la mujer. Tres situaciones que predominan actualmente en las mujeres indígenas en el estado de Chiapas son la marginación, la desigualdad y la violencia.

Es bajo este contexto que Petrona de la Cruz escribió su monólogo, en el que expone las circunstancias a las que se enfrenta una mujer desde su infancia hasta la edad adulta. La representación, a manera de testimo-

nio, narra una vida llena de inocencia y sufrimientos y, de igual modo, confronta la realidad de las injusticias cometidas hacia las mujeres con los sueños que se construyen para hacer prosperar la vida.

Petrona de la Cruz se vale de su propia experiencia para mostrar el universo femenino de la comunidad indígena. Podemos identificar algunas de las adversidades que enfrentan, por ejemplo, en el terreno laboral hay una sobrexplotación y en el de la educación se registran maltratos, castigos e insultos. Respecto a la salud, hay falta de conocimiento del cuerpo mismo, algo que se ilustra en la obra durante las escenas de la primera menstruación o del embarazo, situaciones críticas durante las cuales la falta de información o el poco acceso a los servicios médicos pone en riesgo la vida. La maternidad de nuestra protagonista es consecuencia de una violación, a la vez que son violados sus derechos sociales y humanos.

Un aspecto particular que llama la atención y el cual no debemos minimizar es la condición de la infancia. En la obra, la niñez del personaje es afectada por las costumbres y necesidades de su vida cotidiana, como ayudar en los trabajos de los adultos (lavar, planchar, hacer las tortillas, cargar leña, etcétera). Posteriormente, la protagonista se ve violentada por el secuestro y el abuso sexual. El carácter dulce, con el que comúnmente se dota a la infancia, pasa a ser la vivencia de diversas situaciones amargas. La obra expone realidades que pocas veces son visibles ante los que habitamos en ciudades, o gente que todavía entiende a la infancia como un lugar privilegiado de la vida, como la inocencia y el país de los cuentos de hadas; sin embargo, la obra rompe con estos estereotipos. La niñez en las comunidades indígenas responde a las necesidades de su contexto, las cuales se traducen en trabajar, cuidar a los hermanitos o ayudar en el hogar; en pocas palabras, ser un adulto desde el momento en que ya es posible caminar.

Por otro lado, la fortaleza de la mujer en sobrellevar o, quizá, sobrevivir ante una vida de abuso y sumisión, se ve reflejada en *Dulces y amargos sueños*. No obstante, esta mujer alcanza, al final, una vida menos dura, en la que el teatro pasa a ser parte fundamental. En él encuentra la identificación con la historia de su madre, de ella misma y de muchas mujeres. Le permite descubrir el poder curativo que tiene y, como ella lo expresa, “le da más vida”. Dice: “Mi camino tiene menos espinas, mucho más flores”. Vemos a una mujer decidida, liberada, renovada. Y aunque su infancia y el desarrollo de su adolescencia han sido dominadas por situaciones amargas, en su edad adulta y en su presente es una mujer con amor.

Dulces y amargos sueños apunta a la posibilidad de que más mujeres indígenas den a conocer sus historias de vida, que hagan escuchar sus voces y sus presencias, históricamente invisibilizadas ante la dominación del hombre. Un universo en el que la voz de la mujer se levanta para manifestar la realidad que en las comunidades indígenas de Chiapas se vive día a día.

Haber estado presente en las dos funciones de la obra, en espacios muy distintos, con espectadores de diversos contextos, me permitió concluir que lo que vivió Petrona de la Cruz, y ahora expresa en su obra, no es ajeno a nadie, y que su creación escénica siempre tendrá vigencia, más en este mundo que necesita recuperar valores humanos y construir caminos de equidad.

Dicen que todos estamos hechos de historias, pero creo que en esas historias las acciones son más contundentes que cualquier palabra, por eso quizá terminé este escrito sintiendo que me ha faltado tanto, que nada de lo que he dicho puede evocar, con la sensibilidad y la belleza con las que trabaja Petrona de la Cruz, la situación actual de tantas mujeres indígenas.

Ficha técnica de *Dulces y amargos sueños*.

Fecha de estreno: 25 de mayo de 2013. Fomento de la Mujer Maya (FOMMA). San Cristóbal de las Casas, Chiapas.

Presentación en Tuxtla Gutiérrez: 24 de agosto de 2013. Sala de Artes Escénicas Carlos Olmos

Dramaturgia y actuación: Petrona de la Cruz

Dirección: Doris Difarnecio

Presentación en Xalapa: 23 de septiembre de 2014. Casa del Lago de la Universidad Veracruzana, Xalapa.

Dirección: Doris Difarnecio y Darinca Ramírez Guzmán